



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



EL PERFIL DEL PERIODISTA CATÓLICO COMO REFERENTE EDUCATIVO

Gabriel Galdón

Catedrático de Periodismo
(Universidad CEU San Pablo)

Después de haber llevado a cabo algunos estudios sobre el tema, deseo seguir profundizando y aportando algunas consideraciones sobre una visión de la Ética de la Información que hunde sus raíces en los principios y criterios éticos generales surgidos de la tradición filosófica greco-latina y de la sabiduría práctica judeo-cristiana, que ya Santo Tomás sintetizó magistralmente en su momento y el Papa Juan Pablo II ha recordado, enriquecido y expresado con un lenguaje novedoso. Pues bien, aplicando esa tradición viva a nuestro ámbito específico, cabe afirmar que, junto a la dimensión de *corrección prudencial de lo negativo o imperfecto en la información*, la ética periodística se centra nuclearmente en la *proposición prudencial de lo positivo y perfecto en el quehacer periodístico*. De ahí que, como complemento a interesantes aportaciones que se han publicado, pueda ser enriquecedor, entre otras perspectivas, glosar ahora el *perfil del periodista* católico. Explanación que pretende servir como referente para el logro de una adecuada enseñanza del Periodismo en las Facultades de inspiración cristiana.

1 REFERENTE: PERFIL DEL PERIODISTA CATÓLICO

¿Qué significa ser un periodista católico? La pregunta se la hizo Juan Pablo II, poco antes de su tránsito a la Casa del Padre. Y la contestó del siguiente modo:

«Simplemente significa ser una persona íntegra, un individuo cuya vida personal y profesional refleje las enseñanzas de Jesús y del Evangelio. Significa luchar por los ideales más altos de la excelencia profesional, y ser una persona de oración que busca siempre dar lo mejor. Significa tener el coraje de decir la verdad, aun cuando la verdad no convenga o sea políticamente incorrecta»¹.

Ser una persona íntegra es para Juan Pablo II la condición básica y fundamental, entendiendo estos dos adjetivos en su pleno significado etimológico, es decir, que la integridad moral de la persona es la base y el sustento de todas las demás cualidades. Las virtudes humanas de la humildad, la lealtad, la sinceridad, la laboriosidad, la honestidad intelectual, etc., son los cimientos naturales y primordiales en la construcción del edificio del periodista católico. Sin ellos, además, no se podría conseguir el segundo reto: ser *un individuo cuya vida personal y profesional refleje las enseñanzas de Jesús y del Evangelio*. La primordial enseñanza de Jesús es Él mismo. Y

¹ JUAN PABLO II: Palabras de clausura del Congreso «Parábolas mediáticas: hacer cultura en tiempos de la comunicación». Roma, 9 de noviembre de 2003.

Él es *Perfectus Deus* –Dios Perfecto– y, al mismo tiempo, en indisoluble y plena unidad, *Perfectus Homo*, Hombre perfecto, que ha hecho Vida plena todas y cada una de las virtudes humanas y es el Modelo más acabado de todas y cada una de ellas en la armonía de su obrar. En Su caminar terreno, no sólo reflejó la Perfección de esta unidad armoniosa de perfecta Humanidad y Divinidad plena a la hora de la Predicación, Pasión, Muerte o Resurrección, sino también en Su Vida oculta y sencilla en Nazaret, en sus años de aprendiz de carpintero, de manos de San José, en su vida familiar y social². De ahí que, para un católico, en nuestro caso periodista, no pueda haber ninguna dicotomía ni fragmentación entre el comportamiento personal y el profesional. En todos sus pensamientos y actos debe intentar reflejar las enseñanzas de Jesús y del Evangelio. Lo cual significa también «*luchar por los ideales más altos de la excelencia profesional*». Y ese esfuerzo consiste fundamentalmente en la adquisición paulatina de lo que en algunos de mis libros he denominado **sentidos del periodista**³.

El primero de ellos es el **sentido realista**. Ya que la apertura a la realidad, sin prejuicios que la reduzcan apriorísticamente y la conformen a los reducidos límites de una mente estrecha y miope, parece una primera con-

² Además de observarlo, naturalmente, en los propios Evangelios, podemos encontrar una ampliación detallada de la vida de Cristo en la tierra que, en concordancia con lo que nos dice la autora y con la percepción de miles de lectores, nos parece de procedencia divina, en: VALTORTA, María: *El evangelio como me ha sido revelado*. Isola de Liri, Centro Editoriale Valtortiano, 2000. (10 vols.)

³ Fundamentalmente en *Desinformación. Método, aspectos y soluciones*. Pamplona, Eunsa, 2006 (4ª edición).

dición evidente para la persona que quiera desentrañar cuáles son las realidades humanas actuales que realmente interesan a los ciudadanos para que obren libre y solidariamente.

A su vez, la primera condición posibilitadora de esa apertura a la realidad es respetarla. Aunque el conocimiento sea de por sí subjetivo, la realidad es objetiva. Y es la mente la que debe adecuarse a la cosa, como ya desde hace siglos una tradición filosófica cabal, realista, formuló acertadamente. Ese respeto a la realidad lleva, por tanto, a no acomodarla a las propias limitaciones, gustos, deseos, caprichos o intereses. A no dejarse llevar por la tentación hegeliana («Si los hechos no están de acuerdo con mi teoría, peor para los hechos»), sino a intentar poner por obra aquello de Antonio Machado: «¿Tu verdad?// No, la verdad.// Y ven conmigo a buscarla.// La tuya, guárdatela». Ya que, aunque muchos piensen que «En este mundo traidor/ nada es verdad o mentira./ Todo es según del color/ del cristal con que se mira», el periodista debe partir —de nuevo con Machado— de que «La verdad es lo que es// y sigue siendo verdad// aunque se piense al revés».

Por eso el periodista, además de saber mirar la realidad con ojos claros y bien abiertos, debe saber pensar, tener una actitud reflexiva. Sobre todo cuando se comprueba la existencia de tantos intereses económicos, políticos e ideológicos que gravitan sobre la prensa; la de tantos y diversos tipos de Maquiavelos que quieren utilizar los medios para sus fines de poder. Ya decía Kant, en sus reflexiones sobre la educación, que lo que realmente importa es que se aprenda a pensar. Y eso supone una actitud reflexiva que permita, a su vez, la adquisi-

ción de una capacidad de enjuiciamiento personal que comienza y se desenvuelve con una actitud crítica.

Esa capacidad de discernimiento es para algunos autores la primera exigencia del periodismo de calidad. Discernimiento que es cribar lo verdadero de lo falso; lo comprobado, de lo hipotético; lo importante, de lo banal; lo perdurable, de lo efímero; lo que interesa a los ciudadanos, de lo que sólo interesa a unas fuentes interesadas; lo que hace bien a los ciudadanos y a la sociedad, de lo que le hace daño

Sentido crítico, que es la antítesis de la aceptación inconcusa de las ideas, deseos, gustos o prejuicios de la sociedad, y que supone una reflexión ponderada sobre las fuentes y la realidad que transmiten para conducir al establecimiento de una selección y jerarquización adecuada de la información.

Para el logro de ese sentido crítico que concluye en la formación de juicios operativos y para poder comprender adecuadamente la realidad, relacionándola en el espacio y en el tiempo desde diversas perspectivas, otros componentes y, a la vez, consecuencias de la actitud y el hábito de reflexión son la capacidad de análisis y de síntesis enmarcadas en un **sentido histórico**. Ya decía Oscar Wilde que «aquellos para quienes el presente lo constituyen las cosas presentes, no conocen nada del tiempo en que viven». Precisamente, la carencia de este sentido histórico en muchos periodistas hace que la trivialización, la fragmentación y la superficialidad sean notas distintivas de tantas informaciones y programas informativos. Mientras que una de las características más claras y perceptibles del haz de los mejores artículos periodísticos que hemos podido seleccionar en más

de dos décadas de amplio y exigente trabajo documental es su adecuada contextualización histórica, necesaria para la comprensión cabal de la realidad informada y fruto del amplio sentido de la historia de sus autores... Y de su afán por documentarse convenientemente en cada momento.

Y es que la apertura a la realidad, el sentido histórico y el sentido crítico conducen al afán por documentarse y, a la vez, tienen en él su fundamento. Es indudable que formular juicios certeros, mirar adecuadamente la realidad, formularse y formular las preguntas idóneas..., requiere esfuerzos de documentación. Esto es, de investigación, comprobación, actualización permanente de los conocimientos, profundización...

De ahí que el **sentido documental** forme parte intrínseca de la tarea periodística, sea su base y sustento natural, sin el cual la actividad no podría desarrollarse de acuerdo con su naturaleza y finalidad⁴.

Mediante el *ejercicio* continuado y responsable de los *sentidos* ya expuestos, el periodista puede alcanzar un saber suficiente y cierto sobre las diversas realidades que debe comunicar. Pero eso no basta. Además, tiene que saber comunicar adecuadamente ese saber. Para lograrlo, necesita poseer un **sentido retórico**. Sentido retórico que en Periodismo no sólo significa la aptitud del informador para hacer verosímil lo verdadero, buscando

⁴ Para una explicación más detallada y profunda de esta aseveración, cfr.: GALDÓN, Gabriel: *Perfil histórico de la documentación en la prensa de información general*. Pamplona, Eunsa, 2002 (4ª ed.); y *Teoría y Práctica de la documentación informativa*. Barcelona, Ariel, 2002, pp 13 a 88.

el tipo de discurso adecuado a la realidad que se quiere comunicar, al propio saber sobre ella y a la situación propia y del público sobre ese saber. Se refiere también a su capacidad para *hacer interesante lo importante* y para hacer reflexionar a las personas que reciben la información sobre su importancia y significado para ellas y la sociedad. De ahí que, como ha mostrado magistralmente Luka Brajnovic, deba conformar el texto periodístico como relato⁵.

Tal configuración lleva a dotarlo, cuando sea menester, de un cierto carácter poético, a no abjurar de la capacidad creativa y expresiva, de la sensibilidad artística y, en aquellos ámbitos y temas que lo requieran, incluye la relación afectiva con lo que se relata.

El sentido retórico invoca la existencia del **sentido lingüístico**, como base y sustento. Ya que sin la claridad (cortesía de la inteligencia, en palabras de d'Ors), precisión, sencillez y cierta belleza en el lenguaje empleado, la retórica sería vana.

Al mismo tiempo, y como el resto de los sentidos, tiene una condición y una meta que le son marcadas por el **sentido teleológico**. Éste consiste en *la prudencia* de tener siempre presente el fin de la actividad periodística, y de obrar en consecuencia, en todos los actos (intelectuales, prácticos, técnicos y artísticos) del proceso informativo. Esa finalidad es, a mi entender, la contribución (mediante la comunicación adecuada del saber sobre las realidades humanas actuales que a los ciudadanos les es

⁵ Vid., BRAJNOVIC, Luka: «El relato del sexto periodista», en BARRERA, Carlos y JIMENO, Miguel Ángel (eds): *La información como relato*. Pamplona, Eunsa, 1991, pp. 83-97.

útil o necesario saber) a la libertad y solidaridad de esos ciudadanos.

En este punto, cabe afirmar que la máxima evangélica «*la verdad os hará libres*» no sólo puede aplicarse a la esfera trascendente y religiosa, sino que abarca la totalidad de ámbitos en los que se desenvuelve el ser humano. Y que esa libertad no se encierra ni se explica a sí misma, sino que tiene una finalidad: la proyección práctica hacia el bien, en sus diversas facetas. A su vez, en la medida que la libertad se adecua a sus fines, aumenta progresivamente, suponiendo así una conquista permanente. Por esta razón, nuestra conceptualización del fin de la actividad periodística no sólo no contradice, sino que explica de otro modo, y concretado en el Periodismo, la finalidad que el maestro Brajnovic atribuye a toda información: el enriquecimiento moral y cultural del hombre⁶.

La consecución de su finalidad propia presupone, por un lado, abandonar definitivamente el objetivismo informativo y/o la pretensión de neutralidad en el Periodismo. Como enuncié en su momento, y se ha demostrado fehacientemente, el objetivismo lleva directamente a la desinformación, y la neutralidad no sólo es una falacia, sino que, además, es un imposible. Y en el caso que lo fuera, sería indeseable⁷. Por otro, y, como consecuencia, el fomento en la labor periodística de los valores esenciales, necesarios para la convivencia humana, como el respeto a la vida, la paz construida sobre

⁶ Cfr: BRAJNOVIC, Luka: *El ámbito científico de la Información*. Pamplona, Eunsa, 1978, pp. 117 y ss.

⁷ Vid: GALDÓN, Gabriel: *Desinformación...* Op. Cit., pp. 27 a 83.

la justicia, la honradez personal y comunitaria... En definitiva, los derechos y deberes naturales. No otra cosa es lo que lleva pidiendo Juan Pablo II a los medios de comunicación desde el inicio de su Pontificado y de modo más explícito y claro a medida que transcurría este⁶. Cuando el periodismo se ha ejercido así, los frutos —para todos— han sido evidentes.

Ciertamente, el sentido **teleológico** lleva aparejado una gran dosis de responsabilidad, correlato obligado de la libertad. Por eso, el sentido teleológico pertenece tanto a la inteligencia como a la voluntad, e invoca la existencia de un **sentido vocacional** y de un **sentido personalista y ético** en el periodista. Por **sentido vocacional** se entiende, en apretada síntesis, la identificación del proyecto personal con las exigencias y finalidad de la actividad periodística.

A tenor de lo expuesto, parece claro que en la realización del periodismo el informador no puede ser un burócrata sin alma, ni un mero operador técnico, más o menos eficiente, sino una persona comprometida con una determinada misión al servicio de los ciudadanos.

⁶ Al menos tengo constancia de más de sesenta intervenciones pontificias en este sentido. Valga como botón de muestra ésta que recoge Eulalio FIESTAS en su libro *Juan Pablo II y los medios de comunicación* (p. 22): «La información no puede quedar indiferente respecto a valores que tocan en profundidad la existencia humana, tales como la primacía de la vida desde el momento de su concepción, la dimensión moral y espiritual, la paz, la justicia. La información no puede ser neutra ante problemas y situaciones que, a nivel nacional e internacional, desbaratan el tejido conjuntivo de la sociedad, como la guerra, la violación de los derechos humanos, la pobreza, la violencia, la droga».

De ahí que tenga que reflexionar sobre la naturaleza de esa misión y de ese compromiso y sobre las aptitudes y actitudes que se requieren para cumplirlo, tanto en general como en las diversas tareas específicas. No puede construir la casa sobre arena.

Tras esa reflexión, vendrá la aceptación libre y responsable, y la delineación del proyecto profesional inardinado en el proyecto vital, personal. Debido a esta íntima unión, tal sentido es permanente y básico y requiere una continua maduración reflexiva y una constante autocorrección práctica en esa tarea apasionante que puede resumirse en *saber para servir*. Así lo han entendido los mejores periodistas de todos los tiempos⁹. Y ese es el sustrato básico en el que se mueve ese «sexto periodista» propuesto por Brajnovic como arquetipo del buen periodista¹⁰.

Parece claro que ese sentido vocacional conduce inexorablemente a la consideración de que la tarea periodística es una labor del hombre, sobre el hombre y para el hombre, atendiendo a su bien y al de la entera sociedad. Por ello, su contexto fontal y teleológico apropiado es el **sentido personalista y ético**, por el que se entiende *la visión cabal de la naturaleza y fines del hombre, y la actitud consecuente ante ella y desde ella en el quehacer cotidiano*.

⁹ Por ejemplo, D.M. Wallace, Redactor-Jefe de *The Times* en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX (cfr. «History of *The Times*» vol III, cap. VI), o Modesto Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia* de 1888 a 1901 (vid, sobre todo, las páginas 8 a 14 de su obra *El Periodismo* escrita en 1903 y reeditada en 1990, en edición facsímil, por la Fundación Conde de Barcelona).

¹⁰ Vid. BRAJNOVIC, Luka: »El relato...» loc. cit., pp. 91-97.

Pues bien, el entretajimiento de la concepción cristiana y la concepción clásica greco-latina en el pensamiento filosófico de Occidente dio lugar a la concepción del hombre como *persona*. En virtud de su origen, naturaleza y fin, el hombre es ante todo persona. Un ser que es él mismo, que se autoposee, que es responsable de sus actos. Un ser llamado a ser y a afirmarse como tal, en toda su dignidad. Con la cual vive de acuerdo cuando se abre al tú del otro, del prójimo, mediante la actitud de servicio y de entrega, y no se enquistaba en una independencia desligada de la verdad y del bien, ni busca la propia afirmación por la vía del poder o del tener, que le hace perder de vista el Ser y su ser e instrumentalizar a los demás. La persona es un ser singular e irrepetible. Con derechos y deberes inalienables, sea cual sea su condición, raza, lengua, religión..., desde el mismo instante de su concepción.

Esta consideración es el fundamento de la acción justa de cada uno y la base de toda sociedad democrática y pacífica. Y es también, por ello, la referencia y el referente de las diversas acciones libres que constituyen la información periodística.

De ahí que el sentido personalista constituya un deber de respeto a sí mismo por encima de un mero actuar profesionalista y sea el criterio fundamental de búsqueda, valoración, selección, jerarquización y tratamiento de las informaciones, dotando de sentido el resto de los *sentidos*.

Parece claro que quien no posea esa actitud de servicio, o considere a los lectores, oyentes o televidentes, como meros «números», votantes o consumidores, masa impersonal en suma, o vea su trabajo como mera téc-

nica..., podrá dedicarse a muchas ocupaciones, pero no podrá ejercer cabalmente el periodismo. Y si trabaja como tal, ejerce como desinformador (si es inconsciente) o manipulador sectario (si ejercita adrede su voluntad de poder y tener). Por el contrario, también parece evidente que cuanto más acendrado sea su sentido de la persona, podrá entender mejor la grandeza intelectual y moral de su tarea y se esforzará más por poner los medios para llevarla a cabo con plenitud y en resistir las presiones y adversidades.

Además, si el sentido personalista no baña los criterios de valoración, selección, análisis, jerarquización y tratamiento de la información, se absolutizan los criterios utilitaristas, meramente políticos y, por ende, cortos de vista. Si no hay valores absolutos estables para valorar las acciones humanas, se impide toda valoración real y humana y todo se convierte en política, en poder, en técnica o en tecnoestructura autorreferencial. Con estas coordenadas es imposible una comprensión adecuada de la cultura, al asimilarla a la ideología dominante, y se impone una visión chata, miope e interesada de la realidad.

Aplicar criterios humanos en la práctica periodística constituye una tarea enorme, preñada de múltiples posibilidades y modulaciones. Por la propia naturaleza de los criterios, y por la propia índole del periodismo —saber práctico y no técnico—, no puede haber nunca *recetas concretas ni modelos ejemplares únicos o cerrados*. Ya decía Aristóteles en su *Ética* a Nicómaco que «mientras que hay una excelencia en el arte, no la hay de la prudencia». Pero sí cabe seguir una serie de pautas generales. Algunas de ellas serían las siguientes:

- Saber mirar, escuchar y dialogar con la gente, para ver la mejor forma de servirla.
- No limitarse al aspecto superficial, epifenoménico, de las cosas.
 - No cosificar la existencia humana reduciéndola a lo meramente material o biológico.
 - No reducir la enorme riqueza de la actividad humana a sus aspectos meramente políticos. Ni dar primacía a la política sobre el saber ni a la técnica sobre la ética.
 - Huir de la tendencia a subrayar o quedarse sólo en los aspectos negativos o sensacionalistas sin tener en cuenta los derechos individuales de cada persona.
 - Expresar los valores humanos dignos de ser difundidos en la medida en que contribuyen a la construcción de la comunidad y a la promoción del hombre. Como ya se ha visto, no sólo no existe contradicción alguna entre el servicio a la verdad y la difusión de los valores que más libres hacen al hombre y a la sociedad, sino que ambos aspectos se reclaman mutuamente.
 - Desarrollar una labor positiva de sensibilización cultural y moral de los públicos, en cuanto personas y ciudadanos, en un diálogo reflexivo y abierto, favoreciendo su reflexión, su participación, su libertad y responsabilidad, su sentido crítico, y, en definitiva, todo aquello que favorezca su crecimiento plenamente humano, acorde con su dignidad.
 - Llamar mal al mal, terrible a lo terrible, injusto a lo injusto... Y bueno a lo bueno, heroico a lo heroico, justo a lo justo, adecuando el tratamiento a la realidad y al fin humano, sin trivializar ni banalizar lo uno ni lo otro.

- Conocer los efectos de las acciones informativas desde la perspectiva de la dignidad de la persona y tenerlos en cuenta como datos insoslayables de autocorrección (de lo negativo) y estímulo de mejora (de lo positivo).

Como ya habrán deducido, todo lo que llevamos dicho no se puede realizar sin un acendrado **sentido ético**. La ética periodística supone la manifestación de la ética natural, personal, en el desarrollo del trabajo periodístico. Y esa ética no consiste en el cumplimiento externo de la casuística minuciosa, reduccionista, farisaica y, por eso, muchas veces extravagante y ridícula, de muchos «códigos éticos», sino que es la consideración, desarrollo y ejercicio armónico de las virtudes intelectuales y morales de las personas en todas sus acciones. Y, por tanto, en nuestro caso, en las acciones que lleva consigo el trabajo periodístico.

Desde Sócrates y Aristóteles, la ética ha sido el ámbito de reflexión sobre los modos de conducta necesarios para que el hombre, en su obrar, se aproxime lo más posible a su finalidad. Y desde entonces se ha hablado del desarrollo armónico de las virtudes. Armonía que remite, en primer lugar, a la interconexión mutua entre inteligencia y voluntad, entre mente y corazón, unidas en el espíritu, en el yo personal. Si bien es éste un tema filosóficamente abierto, necesitado de una mayor profundización, por pertenecer al núcleo de ese *misterio* que es el hombre, en el que, parafraseando a Pascal, muchas veces *el corazón tiene razones que la razón no entiende*, y otras sucede al revés: parece claro que la voluntad y las pasiones tienen una influencia decisiva en los actos

del entendimiento. Y si esto es así en el orden del conocimiento de las verdades, lo es más aún cuando se trata de elegir y jerarquizar, y de *realizar la verdad*. Es decir, cuando se trata, como en el caso del periodismo, de un saber práctico, donde la razón de bien y, por tanto, la acción del *hombre bueno* es fundamental.

De ahí que, al referirnos a los diversos *sentidos* del periodista, se hayan introducido necesariamente, por la propia fuerza de la realidad, referencias a virtudes morales. Ahora, por la intencionalidad del discurso, cabe resumir y apostillar, aunque sin carácter exhaustivo sino indicativo, que el amor por la verdad y la humildad intelectual; que la capacidad de esfuerzo y la laboriosidad; que el sentido de la justicia, el desinterés por lo propio y la honradez; que el respeto, el amor a los demás y la actitud de servicio; que, en fin, el haz de cualidades morales de la persona, por la propia naturaleza, objeto y finalidad del periodismo, son imprescindibles para realizarlo cabalmente.

Por eso, el **sentido personalista y ético** es la columna vertebral y el alma del resto de los sentidos. Y en relación con el sentido vocacional, puede afirmarse que se puede ser buen aparejador, arquitecto, ingeniero, electricista, mecánico, informático, o realizar bien cualquier otro menester técnico —incluidos los comunicacionales—, sin que sea necesario por este motivo intentar ser una persona buena en cuanto totalidad de sentido; pero jamás se podrá ser un buen periodista sin esa condición.

Por decirlo con ese gran periodista que fue Sánchez Ortiz, «la garantía auténtica, la mayor, por no decir la única, la más eficaz de la justicia en el periodismo, (...) está y estará siempre en la energía moral del periodista,

en el dominio de sus pasiones, en el equilibrio de su inteligencia y en la extensión de su cultura para apreciar la complejidad de la vida, manifiesta en cada caso de los que examina y juzga; está en los refinamientos del sentido ético del periodista, y en su amor al prójimo, verdaderos y absolutos factores de la bondad de nuestros trabajos»¹¹.

Tras esta descripción, parece claro, por un lado, que no puede haber excelencia profesional en el periodismo sin integridad moral y, por otro, que ambas condiciones, junto con la de reflejar las enseñanzas de Jesús y del Evangelio, son imposibles de conseguir sin *ser una persona de oración que busca siempre dar lo mejor*.

Hemos visto que la naturaleza propia del periodismo es la de ser un saber prudencial. Pues bien, ya en el Antiguo Testamento, en los Proverbios, dice Dios: «Hijo mío, si acoges mis palabras y guardas mis preceptos en tu corazón, aplicando tu vida a la sabiduría, e inclinando tu corazón a la inteligencia; si invocas la prudencia y con tu voz llamas a la inteligencia; si la buscas como la plata y la exploras como un tesoro, entonces sabrás lo que es el temor de Yahvé y habrás hallado el conocimiento de Dios. Porque Yahvé da la sabiduría; de su boca salen el conocimiento y la inteligencia (...). Cuando entrare en tu corazón la sabiduría y se complaciere tu alma en el conocimiento, velará sobre ti la prudencia...»¹².

Invocar al Padre pidiendo luces claras a su Espíritu Santo, meditar la Vida de Cristo, Sabiduría encarnada, y

¹¹ SÁNCHEZ ORTIZ, M: Op. Cit., pp. 28-29.

¹² Proverbios, 2, 1-11.

la de su Madre, asiento de la sabiduría, no es algo desgajado de la vida profesional del periodista cristiano, sino su sustento y componente esencial de su «método de trabajo» diario, a imitación del propio Jesucristo, cuyas palabras y obras aparecen en los evangelios como la manifestación visible de su oración «en lo secreto»¹³. Además de los momentos dedicados exclusivamente a la oración (y a la vida sacramental), el periodista cristiano no reflexiona solamente en la soledad, con su propio yo, sus experiencias y conocimientos documentales, técnicos y artísticos, a la hora de la selección, formalización, estructuración, documentación y transmisión de los contenidos informativos; sino que, en esa labor diaria, tiene un interlocutor pleno de sabiduría, dispuesto a iluminarlo y ayudarlo en todos sus quehaceres; Alguien más íntimo a él que él mismo, en expresión conocida de San Agustín, que allana dificultades e inspira soluciones verdaderas y buenas.

Y da la valentía y la fortaleza necesarias para *tener el coraje de decir la verdad, aun cuando la verdad no convenga o sea políticamente incorrecta*. En un mundo informativo donde gran parte de las actitudes, las ideas, los enfoques, los criterios y los contenidos, los grupos de poder y de presión intentan acallar la voz de la verdad, un periodista católico no puede inhibirse de esa misión. Ella supone, por un lado, asumir intelectual y vitalmente que, en palabras reiteradas de Juan Pablo II, «el martirio del siglo XXI es el martirio de la coherencia».

¹³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 2602.

2. BREVE REFERENCIA A LOS CRITERIOS EDUCATIVOS

Tras esta explicación, la pregunta que todos nos formulamos es: ¿Y cómo formar periodistas así en una época de confusión generalizada, donde el relativismo ético y el capitalismo consumista se enseñorean cada vez más de una sociedad narcotizada?

Aunque hayamos escrito en plural el título de este epígrafe, hay un único criterio fundante, fundamental y generador: contar con un grupo de directivos y profesores que, con la fuerza de la gracia y su alegre esfuerzo, luchan por ser sabios y santos y conviertan su tarea docente e investigadora en un apostolado constante, *facientes veritatem in caritate*, según el consejo de San Pablo. Lo cual invoca la necesidad de que las Facultades de Periodismo de las Universidades Católicas cuenten con verdaderos maestros. Esto es, con profesores que:

a) hagan una crítica honesta, valiente y profunda de las teorías y prácticas periodísticas tradicionales y que, quedándose con lo que de bueno y aprovechable tengan, y desechando lo erróneo e injustificado, fundamenten sus respectivas disciplinas en la armonía unitaria de la verdad, el bien y la belleza; de la fe, la razón y el corazón¹⁴.

¹⁴ De hecho, uno de los graves problemas es que se siguen enseñando teorías informativas y estructuras, modos y métodos, fundamentados en el relativismo y que conducen a su consagración en la práctica. De ahí que, como medida práctica necesaria y primordial, todos

- b) sepan enseñar los nuevos contenidos con el garbo y la sabiduría pedagógica pertinentes; y,
- c) en su mirada y en todos sus actos, obren con la intención esperanzada de transparentar a Cristo.

Parece claro que los dos últimos requerimientos no se cohonestan en absoluto con lo que en otros lugares he denominado el *profesor dictador*, esto es, el que dicta. Ni con la estructura docente que contempla de modo exclusivo o primordial la clase tradicional. Sino que esa sabiduría pedagógica tiene que ver con dar prioridad en la estructura docente a la tutoría, a veces individualizada, a veces en pequeños grupos, y con el profesor que anima, acompaña, exige, orienta, corrige, y eleva al alumno en un diálogo amigable y fecundo en la que le sirven de ayuda las experiencias y los textos adecuados.

Cabe recordar, en este sentido, las palabras que nos dirigió a un grupo de profesores el Cardenal Poupard hace unos años, con las que quiero acabar ya mi aportación:

«Queridos profesores, permitidme que os haga una invitación que es al mismo tiempo un ruego (...) Estimulad, en el trato personal con el alumno, la pasión por el saber: el deseo de aspirar a metas más altas, de no conformarse con los logros adquiridos. Demostradles que es posible realizar en la vida la síntesis entre el conocimiento y la acción: que a un mayor conocimiento del

los profesores católicos deberían hacer un examen crítico de los contenidos que enseñan a la luz, entre otros textos, de la *Veritatis Splendor* y de la *Fides et Ratio*.

mundo y de la realidad, corresponde una vida moral más íntegra, que ser más sabio significa también ser mejor. Así se hará realidad el ideal antiguo de la educación que veía una profunda unidad entre la verdad y el bien, entre el conocimiento y la ética»¹⁵.

¹⁵ Discurso en la Universidad San Pablo-CEU, 28 de mayo de 2001.